

P. J. Antonio Pereira
León

Estimado Pereira: Mi deseo era escribirte hace ya mucho tiempo para agradecer el envío de tu querido Alas, pero he pasado una mala temporada; en Noviembre, con una mujer que tuvo unos trastornos intestinales y pasó malos días. Afortunadamente, ya está mejor. Diciembre trajo el desafortunado borbollón de los exámenes y hasta ayer mismo, día de Navidad, no acabé con los casi 300 ejercicios a calificar. Ahora al fin, cojo la pluma para darte las gracias por tu libro y por el cordial recuerdo de tu dedicatoria. Al mismo tiempo, para desearte un futuro 1969 lleno de éxitos bien logrados y espléndido de dicha.

Me encantaron tus cuentos por su gran ayuda, hábil, inteligente. Pero que tú, como te conocí, estás en todo ello. El lenguaje incisivo y ágil, la alegre ironía, la cálida afectuosidad hacia tus criaturas, que dan toda la impresión de ser conocidas por ti perfectamente, con amor y sentimiento, hacen tus cuentos humanos, pero sin artificialidades, sino con una sencilla, elemental y también envidiable humanidad. Yo siento por Desiderio, Bel-

trán, el delegado, Sebastián el Audaz y aun otra cordial simpatía.
También el paisaje, poco abundante, es concreto y conocido en tu
cuenta. Hay, en algunos detalles que me animaron a conocer al
Pereira poeta y encontré en Barcelona "De monte y los caminos"
que he leído brillantemente. Para mí, rebotan poesía párrafos como:
"como el olor espeso de una liquera en la noche, la mayoría
de un plumero escondido, el restallar de una seda de fiesta que se
abre..." en un crescendo vívidamente expresivo. Acerto a admirar
incluso un refinamiento poético cuando escribes: "Quién era. Cuias había
tido su nombre. Qui amor o fiesta estaban esperando a que
el llegase en traje de domingo." Aquí y allá, con mucha frecuencia,
salta la imagen: "la carucha quedó como un vapor en vía muerta..."
"Ya abordable la oscuridad de la noche... estrenar pensativamente
uneros..." Y junto a las múltiples notas líricas, la aguda y vigorosa
observación, la sugeridora señal de la badenes, el cura, de aldea,
por el manto salpicado de carcarrias - que te lleva a definir
una actitud o un tipo con un breve detalle, como el de la sublección
"que el paraguas cerrado levantaba hacia las alturas" o el de
"un albero y de que su mujer no dominase nunca un coche"
o con un simple acorde de adjetivos: "sem sometido pero feliz..."
Jola, como una fruta pegajosa y dulce... sabanas limpias,
castas, familiares... Y siempre, haciendo honor a la preceptiva

del viento, el final imprevisto, deficiente, contingente.
Todo bueno; algunas excelentes, de autología. Esa es
al menos una lección, pero también sincera opinión.
Tu poesía resume la misma humanidad, el mismo amor
hacia los hombres y los tiempos de España adentro que tus cuentos.
Yo querría poder leer estos paisajes, mucho más individualizados
que los de aquí, que parecen evocar con nostalgia en tu lección
de geografía; me encanta también tu poema sobre todo cuando
le haces muy concreta y resume de ella la misma dichosa capaci-
dad de observación que transfigura la realidad cotidiana en
experiencia trascendente cuando derramamos sobre las cosas los
ojos del alma: "Quién toma los alambres / y los comprueba a
pulso / hasta saber su fuerza / oculta, recuerda ..." o el paisaje
que "lleva / pegado a sus espaldas / el miedo razonable ..." son
hombres que podrían estar también en tus cuentos. Para mí, el
poema "Reduce los colores..." es un magnífico ejemplo de poesía
narrativa que ha cuajado en verso como habría podido cuajar
en un magnífico cuento. La misma observación trascendente en
tus cuentos que en tu estupendo - de los mejores - poema de
los caminos vecinales. Hay que haberlos hollado, creo yo, para des-
cubrir su ser más profundo: está en lo que escribes y lo quieres.

No es tu observación mirada objetiva, sino acercamiento, intimidad
de amor con las cosas, humana consideración hasta descubrir la
cálida, entrañable dimensión de lo minúsculo, de lo que, con
prisa, juzgamos insignificante; tú lo dices: "Herumbosa a tu
manera / y de cantar prohibe / si le viene el amor / es la ferretería".
Excusa mi prolijidad: la dicta el afecto, el que tú,
con tu inolvidable cordialidad, despertaste. No hay en mi carta
orientación crítica, sino la simple y afectuosa opinión de una
incondicional amistad.

Un gran abrazo